

Testimonio de un despojo

S Y L V I A D E C A S T R O K O R G I

*Nadie pierde (repites vanamente)
Sino lo que no tiene y no ha tenido
Nunca, pero no basta ser valiente
Para aprender el arte del olvido.*

JORGE LUIS BORGES

La nostalgia del mar que se fue se hizo soportable para las gentes de la casa presidencial una vez que la máquina del viento estuvo lista para cumplir su finalidad de “falsificar cualquier fenómeno de los cuatro cuadrantes de la rosa náutica”(4)*. Así, se habían acostumbrado a aceptar como familiar una situación extraña, por medio de la ilusión de que el mar estaba allí, como siempre, y que continuaba ejerciendo el mismo poder de fascinación sobre las gentes de la ciudad portuaria de esa región sin frontera política cierta del Caribe, quienes a lo largo de siglos habían tenido la ocasión de revivir frente a sus bordes recuerdos de tiempos heroicos de conquistadores, bucaneros y virreyes y de forjarse leyendas y mitos fundadores, y que habían “pasado por agua” (11) tanto sus anhelos de amor y sus ilusiones más íntimas como sus más horrorosos presentimientos.

Recurso del patriarca, éste de la máquina del viento, para borrar de la faz de la tierra el despojo más grande de cuantos hubiera permitido durante los incontables años de su ilegítimo mandato, a cambio de impedir un segundo desembarco de los infantes de marina norteamericanos. En pocas palabras, un mal menor. Recurso que cobra el valor de un no querer saber nada de una pérdida finalmente consentida, ni de su responsabilidad en ello, tanto más vano cuanto que, desde entonces, sus sueños de angustia se poblaron con los muertos del país, cuyas voces insepultas y el horror de sus miradas póstumas emergían de las tumbas para pedirle cuentas de mar, y sus momentos de mayor desasosiego se acompañaron de la terrible visión de “los cráteres muertos de ásperas cenizas de luna de la llanura sin término donde había estado el mar” (5). La misma visión sin horizonte a cuyo dolor quedaron condenadas las gentes del otro lado de la casa presidencial, allí donde los efectos de la inventiva técnica no alcanzaron para crear la ilusión de que era posible taponar el agujero de “los vientos en pena del mar que se fue” (217).

* Este número corresponde a la paginación de *El otoño del patriarca*, Bogotá, Oveja Negra, 1982. En adelante se indicará únicamente el número de la página.

Esta es una lectura del testimonio literario del último despojo de una larga serie, de la inversión fetichista, si se me permite el término, de un objeto que funciona como causa del deseo porque ha sido investido con un poder de fascinación que sólo ilusoriamente le compete por sí mismo, pero que resulta suficiente para movilizar el curso de los acontecimientos del relato y de sus protagonistas, y que ha devenido cotidiano y trivial, en virtud de los intereses de la apropiación y la explotación: el mar. Un objeto que, al tiempo que impulsa la narración del primer encuentro traumático con el goce, se presenta como encarnando este mismo goce, en correspondencia con su doble poder de atracción y de rechazo.

Un testimonio literario de los tropiezos de nuestra historia recogido por Gabriel García Márquez en *El otoño del patriarca*, en cuyas páginas asistimos a los desbordes de un régimen dictatorial encabezado por una presencia monstruosa, encarnación del poder absoluto, que es a la vez una criatura desvalida, agobiada por la incertidumbre del destino, por el horror a la muerte y la pasión del poder, afectada por una insaciable sed de reconocimiento, que comparte con las gentes del pueblo el mismo origen incierto y habla su misma lengua. Es decir, un lugar aterrador de lo real con el que nos es imposible identificarnos y, al tiempo, un lugar frente al cual sentimos que algo de lo simplemente humano nos concierne pero de un modo extraño, porque así como nos reconocemos allí, también nos desconocemos. Una caricatura del amo que une, como el anverso y el reverso, las figuras del dictador y del caudillo: aquel que suscita “la unión de todos sin distinción de clases contra el despotismo de siglos” (20) y el otro, que es elevado a la categoría de Mesías y a quien se proclama “corregidor de [los] errores de Dios” (9).

Las gentes del pueblo, las muchedumbres hacinadas y hambrientas, empezando por los leprosos y pordioseros que vivían en las escalinatas del palacio presidencial, hacían corrillo a su paso para pedir “de sus manos la sal de la salud” (8) y todavía, cuando los actos de barbarie eran la regla antes que la excepción, se lamentaban de que él no supiera lo que pasaba en la patria, seguros de que, de no ser así, pondría las cosas en orden. Sobre la base de una comunidad de lengua, de origen y de goce compartido del mar, del otro lado del poder se le suponía un saber sobre los destinos de la patria, al tiempo que se lo disculpaba del requerimiento de legitimidad que opera como fundamento simbólico de la autoridad. Un “señor de lo oculto” que conoce secretos impronunciados, poseedor de una suerte de saber intuitivo de lo real no atravesado por el significante, que no se deja intimidar por el amor ni sorprender por la muerte y que no conoce del deseo.

Por su parte, para ninguno de quienes estuvieron cerca al poder, compartiéndolo y disputándose, era desconocida su ignorancia y la ausencia de habilidades reales y



de particularidades caracteriales que pudiesen crear la ilusión de que por ellas se sostenía en el lugar del amo; si cuando asumió el mando no sabía leer ni escribir y se limitaba a firmar los decretos con la huella de su pulgar entregándoselos al único hombre de las fuerzas armadas en cuya “lealtad de perro” (10) confió hasta el momento de su traición, su compadre de toda la vida, el general Rodrigo de Aguilar, a quien con carcajadas de déspota le decía: “ahí tiene para que se limpie” (100). Los decretos oficiales trocados en papel higiénico, como corresponde al desorden de un despacho presidencial en el que al olor pestilente de la variedad de residuos domésticos acumulados durante años se agregaba el tufo del gallinero y el hedor de los excrementos provenientes del establo de ordeño y del inmenso retrete que usaban por igual los cientos de concubinas y los soldados de la guardia.

Disculpado por unos de la autoridad legítima en aras de un saber supuesto sin falta, y eximido por otros del saber–gobernar, del que la cáfila de sus colaboradores de turno se hacía cargo, en este régimen que combina dictadura y caudillismo, ¿cómo se organiza el discurso en términos de la articulación entre el poder y el saber?

La perspectiva de la economía significativa nos pone de presente que ninguna autoridad legítimamente constituida está racionalmente fundada en el saber; razón de más para explicarnos por qué el imaginario califica de déspota a quien la soporta, y también para advertir la profunda distorsión que opera el imperativo de saber en la medida en que pretende eliminar la distancia entre autoridad simbólica y capacidades reales, en otros términos, entre el Nombre–del–Padre y el Sujeto–supuesto–saber.

Es el caso del Padre, que deriva –o derivaba– el fundamento simbólico de su autoridad en referencia a un “tercer orden de cosas”, al hecho de ocupar el lugar de un significativo particular en el Otro de lo simbólico, en cuyo nombre un padre puede poner en marcha un acto legal. Porque un padre no puede pretender articular el nombre de la Ley sino a condición de que su “persona” ceda el lugar a un “yo” que en el acto la representa. Se trata de dos registros diferentes, y aquel que dice “Yo, en nombre de...”, queda disculpado de una habilitación por el saber.

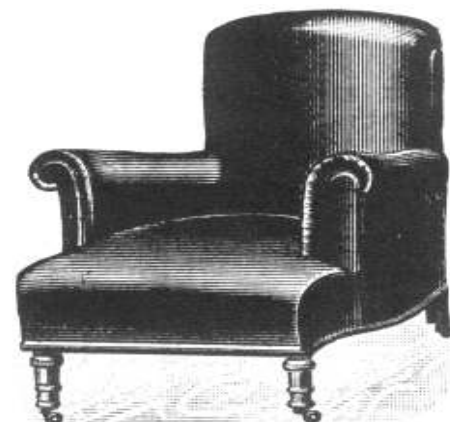
Cuando un padre sostiene su autoridad en la autoridad de su saber no hace otra cosa que excluir el Nombre–del–Padre de su posición en el significativo; dicho de otro modo, lo simbólico “cae en lo real” y el depositario del mandato se cree él mismo, efectivamente, lo que solamente el Otro habría de conferirle. En este caso, el padre encarna la función, se apropia del lugar del agente en el discurso a través del significativo amo y, así las cosas, no sólo no podrá asegurar la transmisión, sino que el lazo social corre el riesgo de su disolución puesto que queda de ahí en más sometido a su arbitraria voluntad.



Este es el plano de la relación del padre con la ley y es aquí donde el psicoanálisis ha observado los efectos devastadores de la figura paterna, cuando el padre tiene realmente o se adjudica la función de legislador, o cuando se presenta como servidor íntegro de una obra de salvación, sea cual sea el objeto o el ideal que se juegue en ello. Pero como en cualquier caso el personaje tendrá demasiadas ocasiones de encontrarse en una posición de insuficiencia y de impostura, nos hallamos ante esa figura obscena del tirano, escindida entre la crueldad y la irrisión, que ejerce un tipo de autoridad de la talla superyoica del Padre-del-Goce.

Sólo ignorando las leyes del discurso podría argumentarse que la tiranía se sostiene en el no-saber, en la "irracionalidad" del significante amo, a menos que entendamos por irracionalidad el hecho de que este significante se encarne en la figura de un otro sin amparo alguno en lo simbólico, en cuyo caso pierde su lugar como elemento descentrado de la cadena que aporta al conjunto de los significantes la dimensión de discurso, operando como punto de capitón. Estamos ante la relación básica entre el significante amo (S1) y el conjunto de significantes que constituye la batería del saber (S2), cuya prudente distancia debe mantenerse. Cuando, en cambio, el punto de excepción falta y tiene lugar un corto circuito entre la dimensión simbólica de la autoridad y el registro de las capacidades efectivas, la red significante toma sobre sí la dimensión de la autoridad, de llamado al ordenamiento; desencadenada, camina sola y empieza a funcionar como un imperativo superyoico; en otros términos, se hace dictatorial.

En el caso que nos ocupa, ningún "yo" puede enunciar el patriarca en nombre de un mandato que le hubiese sido legalmente conferido, si fue puesto en el lugar del mando por decisión de los últimos caudillos federales venidos a generales de la República, con el acuerdo del congreso y el pleno respaldo de la escuadra británica apostada en el mar; y esto, al derrocamiento sangriento de su antecesor, uno de los 14 generales federalistas que se habían sucedido el mando durante 11 años de rivalidades mortíferas, el único que se atrevió a decirle "no" al representante del primer imperio en su misma lengua, y por lo cual pagó con su vida. Advertido estaba el patriarca de que cualquier intromisión suya en los intereses extranjeros tendría el mismo costo: "así es como terminan los que levantan la mano contra su padre" (206), le dijo el cónsul inglés frente al cadáver del antecesor. También él pensó, por esa época, que lo tumbarían antes de cumplirse 15 días de la toma del poder, pero muy pronto concluyó que el peligro mayor no provenía de su Amo extranjero sino de sus hermanos de leche, sus otros especulares, los generales del mando supremo, y de sus ministros. Desde entonces su vida giró en redondo, entre el principio y el fin de un mismo otoño, pausada apenas por el carácter más o menos intenso de la amenaza mortal de la traición, y escandida por el último acto de su gobierno: la entrega del mar.



Entre tanto, las infamias de su régimen se sucedían una a otra como en una suerte de inercia pulsional y a sus espaldas, tramadas por sus colaboradores inmediatos y, en todo caso, sobredimensionadas por él mismo mediante el recurso de ocultar un crimen con otro aún peor. En estas ocasiones, que ensombrecían sus aires de gloria puesto que lo confrontaban con la miseria de su poder, la victoria consistía en volver sobre sus desa-fueros, como cuando fue compelido a decidir por la suerte de los dos mil niños que, ocultos, permanecían atascados como reses de matadero en la fortaleza del puerto luego de haber sido usados para garantizar que en los sorteos de la lotería las balotas numeradas sacadas por ellos supuestamente al azar correspondieran con el número del billete presidencial. El asunto había pasado a mayores y la desaparición de los niños había alertado a los organismos de derechos humanos con todo y que los padres ya no los reclamaban en la plaza pública porque habían sido asesinados, los padres, antes de que él diera la orden. Mientras la comisión de la Sociedad de Naciones los buscaba sin encontrarlos, los niños fueron enviados de aquí para allá como cargamento anónimo y sin destino, hasta que finalmente él ordenó que los metieran en una barcaza y los hicieran volar con dinamita en los límites de las aguas territoriales del mar. Y luego mandó fusilar a los tres oficiales que cumplieron la orden porque “hay órdenes que se pueden dar pero no se pueden cumplir, carajo, pobres criaturas” (93). Como quien dice “sé muy bien que esto es un crimen... pero aún así...”, en su versión más cínica; la de quien agrega: “sabías que era un crimen lo que te ordenaba... y tú tendrías que haberte abstenido de cometerlo.”. Sólo que aquí no fue necesario promulgar una ley de obediencia debida...



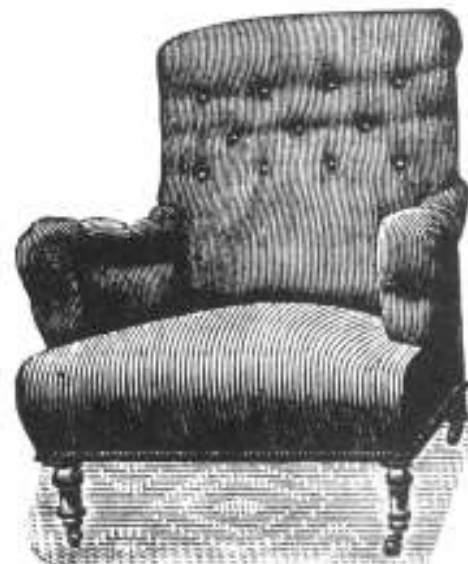
En las postrimerías de su otoño, agobiado por la humillación más grande que fue la traición de su propio cuerpo, aún resistiéndose a la flaqueza humana de pensar en su muerte, el patriarca sufrió el asedio del horror materializado en las voces de los niños despedazados que venían del fondo... El futuro de la patria, como suele decirse, no sólo ha sido cercenado sino que tampoco encuentra su lugar propio en el texto de la tradición simbólica y, por el contrario, regresa en lo real de las voces para cobrar una doble deuda: el asesinato y la ausencia de rito funerario. El espacio entre las dos muertes, la muerte real –que conduce el cuerpo a su fin– y la muerte simbólica –que impide el retorno del cuerpo muerto gracias a la sepultura– ha sido ocupado por el mar convertido, entonces, en espacio de horror. No cabría asombrarnos de que el patriarca se viera confrontado, hacia el fin de sus años sin cuenta, a traicionarse a sí mismo entregando el mar para ponerse a salvo de este horror, al precio de entregarse él mismo a la muerte. Metáfora de la relación del sujeto con el objeto horroroso que encarna su excedente de goce y que advierte dramáticamente la inconsistencia del orden simbólico, aquel al que en otros tiempos, cuando todavía nos lamentábamos por su incompletud, queríamos pacificador.

En el principio de su otoño, ofuscado por el tamaño de su poder y por la necesidad de mantenerse a salvo de los intentos golpistas de sus compadres de armas, hizo venir a los infantes de marina norteamericanos para protegerse, aun a sabiendas de que aquellos no lo asesinarían porque después tendrían que matarse los unos a los otros –al modo de los hermanos de la horda primitiva que no hubiesen tenido cómo establecer el pacto a la muerte del protopadre–. Pero de esta decisión se lamentó muy pronto, en cuanto constató que con los infantes había llegado no sólo la paz a los cuarteles sino la peste, materializada en la sífilis y en la Biblia –¿no las trajeron los españoles?– y en una ideología según la cual la vida es fácil si se tiene dinero y la patria; la de los otros, es un negocio.

En su condición de “calanchín de infantes” (41), esta caricatura de amo se descubre súbdito del gran Amo y sufre la humillación de verse a sí mismo convertido en un estorbo: “no puede ser que ese sea yo, carajo!”, habría podido exclamar en esta ocasión, como en tantas otras en las que se vio reducido a un objeto de desecho, el más prominente de todos los de esa patria de la que él decía que no había escogido por voluntad propia, que se la dieron hecha como había sido desde siempre, “con este sentimiento de irrealidad, con este olor a mierda, con esta gente sin historia que no cree más que en la vida...” (127).

Pero una parcela de su no–poder mantuvo intacta, aquella que al Amo extranjero le servía para evitar la acusación de intromisión en los asuntos internos... como se dice. En su carácter de presidente de un país libre y soberano, se acogió a los poderes de excepción para sofocar una sublevación civil y ordenó el estado de peste por decreto. La metáfora del estado de sitio causó una mortandad de miles de civiles, cuyos cadáveres fueron amontonados entre cajones de basura, y obligó la espantada de los invasores invitados que se fueron llevándose consigo la ciudad artificial por ellos levantada a la medida de su misión civilizadora y el “paraíso de guerras portátiles” (43) de su cruzada pacificadora.

Durante los tiempos de gloria que siguieron a la retirada de los infantes, el patriarca acompañaba sus amaneceres con las luces de los buques que veía pasar frente a su ventana por “el voluble mar de topacio” (8), mientras trataba de apagar el zumbido de su zozobra con una actividad febril que culminaba en las noches cuando, en sus sueños de “ahogado solitario” (10), sucumbía en el desborde de la marea que irrumpía en la casa civil trayendo consigo criaturas de mar. Sumergido en una suerte de prolongación onírica del mar, durante la vigilia no parecía ser más que la conciencia de su sueño: se extasiaba en el mar sin límites mientras “agonizaba de malos amores” (10) a la hora de la siesta con la concubina a la que elegía entre las cientos de ellas que habitaban las barracas de la casa, o se ocupaba de los asuntos del gobierno



“de viva voz y de cuerpo presente a toda hora y en todas partes” (8), con total desprecio de la ley escrita.

Pero la gloria se hizo trizas muy pronto, cuando sobre la cubierta del acorazado que dejaron abandonado en el muelle los infantes vio pasear el “espanto del almirante perdido de la mar oceána” (43). Una cosa no ha venido sin la otra: porque precisamente la escritura, la letra que él desprecia, hubiese podido hacer borde entre mar y tierra; dicho literalmente, hacer litoral, para que el mar se quedara en su sitio sin inundar de espantos la vida en tierra, para que su fuerza devoradora encontrara límite... ¿Es preciso recordar que el mar Caribe debe su nombre a una voz indígena, *Cariba*, que designaba a los habitantes antropófagos de las costas del Norte?

Con esa resonancia hamletiana del espectro nos enteramos que no murió bien el almirante al que debemos el nombre que nos identifica como nación. A este acontecimiento traumático particular de la historia son reconducidos nuestros orígenes. Pero nadie muere bien en esta historia cuyos sucesos se enlazan metonímicamente y se superponen metafóricamente en el relato para constituir uno mismo... Así, por ejemplo, a través de la ventana por la que el patriarca divisaba el mar de sus amores cuando todavía no se lo habían robado, más allá del “acorazado de siempre de los infantes de marina” (36), vio fondeadas las tres carabelas. Y, por otra parte, el patriarca celebraba el 12 de Agosto el aniversario del triunfo de los federales al término de la guerra civil y el ascenso del régimen dictatorial: una fecha que aún el 7 de Agosto, día de la independencia, y el 12 de Octubre, data del descubrimiento...

Y de unas guerras a otras, excluyendo el exterminio en el que consistió la Conquista, el mismo desenlace, cuyo testimonio tenemos en el relato: cuando el patriarca intentó promover una revuelta nacional de protesta, en este caso contra los norteamericanos que exigían el mar en pago de los intereses de la deuda externa, nadie atendió... “porque nadie olvidaba que otra vez nos habían dicho lo mismo bajo palabra de militar y sin embargo [nos] masacraron a todos con el pretexto de que había provocadores infiltrados que abrieron fuego...” (201).

Y los mismos cadáveres insepultos de los provocadores, que un día fueron comuneros, otros huelguistas, unos más guerrilleros liberales, luego campesinos y todavía...

Nadie olvidaba... se trata de un exceso de recuerdo sin inscripción simbólica, un exceso de goce del trauma que no hemos subjetivado en nuestra memoria histórica y al que debemos la persecución de las sombras de nuestros muertos vivos. Con la insistencia de la pulsión de muerte, una y otra vez, sus voces retornan del mar que se las ha tragado y sus miradas regresan de sus inconsistentes sepulturas.



Tal vez la pretensión del patriarca haya sido enterrar al hombre sobre el que pesa la carga del nombre de Colombia, enterado como estará que a ese nombre se suele asociar el colmo de la violencia y que en su territorio no ha habido cómo detener el enfrentamiento entre sus “naturales”. De nuestra parte, podemos preguntarnos de qué manera operó en su función nombrante si sabemos que volvió a nombrar lo que ya tenía nombre en lengua indígena, en un acto de posesión antes que de reconocimiento de la alteridad. En todo caso, lo que el patriarca sabe es que Colón tendría que haber muerto por segunda vez para que, con todo y su incompletud, o su inconsistencia, la versión del Padre Muerto hubiese tenido ocasión de convivir con su contraparte, el Padre-del-Goce, atemperando sus efectos. Retroactivamente, entonces, la sepultura habría dado a Colón la dignidad de Padre-del-Nombre y a nosotros, permítanme la paráfrasis, “una segunda oportunidad sobre la tierra”...

Le hizo construir una tumba de honor por si quería que sus huesos reposaran entre nosotros, y ordenó buscarlo y traerlo para que descansara aquí de tanto viaje póstumo, pues aunque había sido enterrado tres veces en tres tumbas distintas, no estaba en ninguna, y se hallaba “condenado a vagar de sepulcro en sepulcro hasta la consumación de los siglos por la suerte torcida de sus empresas” (210). Pero se quedó esperándolo... y su tumba permanece vacía hasta nuestros días.

Este desventurado padre de la Nación marcó el riesgo siempre presente, siempre renovado y actualizado en la historia política de nuestros países, figurado en el relato bajo la forma de una dictadura aparentemente infinita y que se autoengendra, precisamente porque si el Padre no ha muerto no hay otro Padre que tome su lugar: no hay un amo que reemplace a otro y quien se sitúe en ese lugar no puede ubicarse como un eslabón que asegure la transmisión. Estamos de nuevo ante la figura del tirano, pero lo que encontramos profundamente alterado ahora es la cadena de la filiación.

De este no proceder del Otro el relato nos proporciona su aspecto subjetivo: el patriarca está exento de la deuda simbólica que se contrae por la marca de la castración. Se nos dice que es “un hombre sin padre como los déspotas más ilustres de la historia” (40), que su madre lo engendró sola –razón suficiente para que él presumiera de divinidad, y para que nosotros advirtamos cómo la ausencia del Padre Muerto que habitaba las alturas se corresponde en lo real con la cercana y ominosa presencia de un dios oscuro que, usurpando la voz de Dios puede decir, como el patriarca, “yo soy el que soy...” (21). El patriarca no tiene nombre.

Bien leído, él dice otra cosa: “yo soy el que soy yo”, y el círculo se cierra sobre sí mismo de tal modo que ni siquiera podemos aducir la pretensión de una posible filiación divina en cuyo nombre un líder justificara la barbarie enarbolando un ideal,



cualquiera que fuera: la raza o la religión. Aun si siguiéramos al patriarca en su pretensión de situar el ancestro, nuestra barbarie es otra cosa y en nuestro caso el antepasado no da para sostener bandera alguna, pues es un padre equivocado porque, en verdad, ni éramos las Indias, ni habitábamos el paraíso terrenal, no estábamos tan “bien hechos” ni teníamos tan “fermosos cuerpos”, ni éramos “gente de tan buenos corazones” pero tampoco “salvajes llenos de crueldad”. Y, por sobre todo, aquí no se hallaba el objeto dorado, el señuelo con el que capturó la avidez de ese Otro universo conformado por reyes y señores, marinos y expresidarios, y en cuya demanda incondicional de oro se empeñaron a costa de la existencia de los nativos: desecho de la “torcida empresa”... Porque no hay demanda incondicional que no conduzca a la muerte de aquel a quien se dirige.

Ahora bien, mientras insiste en darle a Colón definitiva sepultura, el patriarca toma la decisión única y soberana de que “estaré en mi puesto al servicio de la patria... (68)... por los siglos de los siglos” (112). ¿Acaso podría ser de otro modo? ¡Por qué habría de morir el uno si el otro sigue vivo! Sin embargo, un sueño de angustia nos revela que aquella terca insistencia es la otra cara del deseo de muerte que lo habita, y es que si bien repudia la muerte con una ferocidad que conmueve, también la convoca: en la escena onírica la pone a jugar a través de la herida mortal que le proporciona un hijo, como quien pide a gritos la condición de Padre Muerto. Pero el patriarca, que no tiene quién lo mate.

Consecuente con su idea de que sólo se es hijo de madre, rechazó la paternidad de las más de cinco mil criaturas, todas ellas prematuras a falta de la “cola de cerdo”, nacidas de raptos de urgencia sin amor con sus concubinas. De la misma condición sietemesina de ilegitimidad no se salvó el único hijo al que admitió como suyo llamándolo Emanuel, que es el “nombre con que los otros dioses conocen a Dios” (142). Producto de la relación ilícita con una novicia de clausura a quien secuestró entre la muchedumbre de curas y de monjas que se agolpaban en el puerto para embarcar sin destino en cumplimiento de la orden de abandonar el país, una vez que la Santa Sede negó la solicitud de canonización de su madre, este hijo no podía hacerlo padre, porque no es hijo eso que viene al mundo en la relación con una mujer con quien el acto de amor es un acto fecal que culmina en una atmósfera pervertida por el olor de los propios excrementos.

Cómo no agregar aquí, al menos para recordar aquella fórmula según la cual “a madre santa, hijo perverso...”, que ante la solicitud negada de canonización de la madre, el patriarca, experto en la tarea de evitar cualquier resquicio entre su voluntad y los actos cumplidos, firmó el decreto que proclamó “la santidad civil de Bendición Alvarado, patrona de la nación...” (128).



En la escena de la vigilia, capturado por la imagen de su muerte que le devolvían las aguas de las vasijas de las pitonisas, y fascinado con ella tanto como Narciso ante el espejo, noche tras noche se acostaba en la misma posición en la que él había visto que moriría... Y cada mañana se levantaba con el júbilo que le ocasionaba constatar que él había nacido para mandar y no para morir: “que se mueran los otros, carajo, porque lo que es yo no me pienso morir” (29).

Después de intentar en vano con varios métodos adivinatorios, a las pitonisas recurrió para resolver el enigma de la palma de su mano, en la que no estaban escritas las cifras de su destino. A falta de letra, la mudéz de su mano desencadena el trabajo interpretativo de los signos, en cuya búsqueda apela al Otro en un esfuerzo desesperado por asir un sentido, desde el poso del café, pasando por las cartas de las barajas, hasta que en las aguas oraculares se enfrenta con la imagen de la muerte, que es primero la del otro del espejo, no la suya. Con todo, la ambigüedad propia de lo imaginario, induce el desafío de la muerte bajo la forma del asesinato de la anciana adivina cuya mirada le habrá advertido el destino humano ineludible. La mediación simbólica, en virtud de la cual podría haberle sido escrita en su mano la línea de la vida, que no es otra que la línea de la muerte, ha quedado escamoteada.

En este estado de cosas, la imposibilidad de la marca se resuelve en puro real: una vez muerto Patricio Aragonés, su doble perfecto, y habiendo montado con lujo de detalles la escena de su propia muerte vista en las aguas de los lebrillos, se ve “a sí mismo más muerto y más ornamentado que todos los papas muertos de la cristiandad, herido por el horror y la vergüenza de su propio cuerpo de macho militar acostado entre las flores... [y] disminuido por la inclemencia de la muerte ante la majestad del poder”, exclama: “Carajo, no puede ser [que] ése soy yo... no es justo” (25). Vía la sustitución del yo nos hallamos ante la posición de objeto del sujeto. Y el brillo fálico de las insignias del poder que adornaron el cadáver no alcanzó para ocultar el hedor que el patriarca se esforzó en eliminar.

Así fue encontrado, falsamente muerto por primera vez. Versión novedosa de la primera muerte que más allá de la fantasía de inmortalidad que puede sugerirnos, nos permite detectar la mirada imposible que presencia la propia muerte, a la que queda reducido el patriarca. Ahora bien, para seguir con la analogía, también en este caso la muerte simbólica ha sido eludida: las manifestaciones de dolor de aquellos que desfilaron ante la cámara ardiente fueron inmediatamente seguidas, una vez que las campanas anunciaron la liberación, por el encarnizamiento al que se dedicaron los grupos de asalto con el falso cadáver del patriarca y con todos los objetos de desecho y los últimos tesoros de virreyes y arzobispos que todavía quedaban en la casa presidencial.



Salido del escondite desde el que mira esa escena, con una astucia de “presidente insepulto” (27), el patriarca interrumpe la reunión en la que los hombres de su gobierno se disponen a repartirse el botín del poder, matándolos a todos. Otra masacre entre las muchas que se sucedieron durante su mandato, porque ocurría que cuanto más exterminaba a sus opositores del momento más crecía su número y más se tornaba peligroso el resto, como si la amenaza aumentara proporcionalmente a su disminución en la realidad. No es otra la relación del sujeto con el objeto obsceno de goce.

Y entonces, en una nueva resonancia hamletiana, “las mismas campanas de júbilo que habían empezado celebrando su muerte, continuaron celebrando su inmortalidad” (30). Pecado del ahorro que, en este caso, troca en vivo para siempre lo que no ha podido morir.

El almirante Colón, como tantos otros hombres ilustres, tampoco tenía escrita en su mano la línea de la muerte. Se diría que, siendo el primero en la cadena de los padres –como el patriarca lo quiere– la ausencia de la marca de la castración lo sitúa en el lugar de la excepción, pero no se trata aquí del protopadre. Colón obedecía a un orden simbólico y, con su descubrimiento, inauguró una cruzada civilizadora en estas tierras cuyo verdadero alcance consiste en haber aplastado Otra civilización.

La mitología de la conquista, que llega a oídos del patriarca a través de los suyos, nos es presentada en el relato de una manera subversiva: no son los cronistas o los historiadores de Indias los que narran la sorpresa del encuentro, son los nativos mismos. Y entonces, nos enteran de que aquellos forasteros parloteaban una lengua de artificios, por ejemplo, “no decían el mar sino la mar”, que venían “vestidos como la sota de bastos a pesar de la calor, que tenían el pelo arreglado como mujeres aunque eran... hombres, ... que dellas no vimos ninguna”, y que se quejaban porque “no entendíamos en lengua de cristianos cuando eran ellos los que no entendían...” (35). Divertidos, la sorpresa se resuelve en el intercambio de las baratijas de los otros, que los indígenas se colgaban “para hacerles gracia” (36), por los objetos de los nuestros, tabaco, chocolate, huevos de iguana y loros. Nos enteramos, por otra fuente, que los loros funcionan para Colón como señal de la existencia de l-oro en estas tierras... ¡Artimañas del significante a falta de relación alguna entre los significados!

Pero esa sorpresa casi lúdica se detiene cuando ellos quisieron “cambiar a uno de nosotros por un jubón de terciopelo para mostrarnos en las Europas, imagínese usted mi general” (36). A esto se redujo el “encuentro de dos mundos”. El intercambio de objetos no podía ser equitativo, no lo es nunca, pero algún goce común pudo haber fundado... hasta el momento en que “jubón de terciopelo por uno de nosotros” altera todas las relaciones ulteriores y compromete gravemente las identificaciones. Es decir que si ellos y los nativos no tenían el mismo origen y no compartían la misma lengua, si



no eran semejantes, con la subversión radical de la lógica del intercambio, en la que uno de sus agentes es puesto en el lugar de objeto, ya no podían serlo. Y así las cosas, ningún pacto simbólico fue posible.

Tal vez el fracaso de Colón consista en que no pudo situarse como representante de un Padre común de quien todos los hijos fuesen entre sí hermanos... pero ¿habría podido? ¿No fue incluso ésta otra imposición, cruzada evangelizadora de por medio, soportada en la profunda religiosidad del almirante? El problema no radica en esto, sin embargo. Porque sólo una ilusión puede hacernos creer que en el lugar del Otro hay una figura que habla nuestra misma lengua y sobre la cual podríamos apoyarnos en nombre de un origen y de un destino comunes. Y si algo nos figura Colón y su torcida empresa es que el Otro es siempre Otro, extranjero. El problema se sitúa, entonces, a nivel del pacto simbólico, cuya imposibilidad podría ser reconducida a las vicisitudes del objeto, sea que éste sustituya a uno de los agentes que intervienen en el lazo social, es decir, el otro reducido a objeto, sea que el objeto y su goce sean apropiados, privatizados por el lugar que corresponde al Amo. Y es aquí donde se inscribe el despojo del mar.

Cercano a su final, el patriarca soportó las veleidades del progreso técnico, del que uno de sus fines mejor logrados fue la construcción de un aparato de terror puesto al servicio, entre otros, de vengar el último acto de traición que cobró su cuota en la devoración de los cuerpos del hijo y la mujer por perros de caza entrenados por sus opositores. No podía haber sido de otra forma el insuceso, si tal parece que esta historia está teñida de un desmesurado “apetito de muerte”: devoración, envenenamiento, incluso canibalismo... y el mar, que lo engulle todo, expresiones de una oralidad plena de goce cuyo funcionamiento es registrado en términos anales, porque todo termina salpicado y ensopado en heces, y a heces huelen los muertos.

Aquella modernización de la tortura y el asesinato con la que el patriarca no alcanzó a ponerse a tono –era tal su refinamiento–, fue liderada por el último miembro de la progenie de aristócratas destronados por los caudillos liberales, un hombre “apetecible” (174), también inmune a la ternura y a la muerte, con quien el patriarca se fascina, por supuesto, y a cuyo poder se somete bajo el lema de “progreso dentro del orden” (188). En efecto, el progreso limpió de basura, de leprosos y concubinas el palacio presidencial, y arrasó con los opositores al régimen, con los vendedores del mercado y con los pordioseros y las prostitutas de la ciudad, esa ciudad a la que el patriarca divisaba ahora desde “el féretro refrigerado de la limusina presidencial... pensando madre mía Bendición Alvarado qué fue de mi ciudad... ay, el puerto, dónde está si aquí estaba, qué fue de las goletas de los contrabandistas, la chatarra de desembarco de los infantes, mi olor a mierda, madre...” (185).

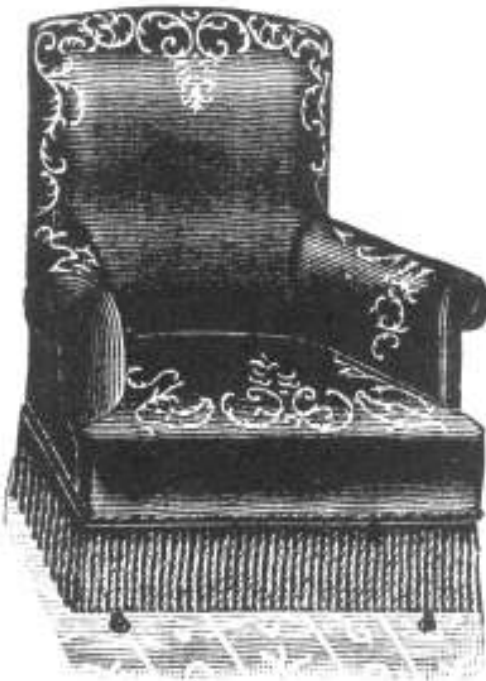


Por fin libre del poder absoluto de aquel “advenedizo sangriento”, después de años de una atadura en la que no es fácil reconocer quién era víctima de quién, el patriarca vive “una réplica efímera de los tiempos de gloria” (194) cuya manifestación más clara consiste en responder negativamente a la demanda del embajador norteamericano de llevarse las aguas territoriales: “primero muerto que sin mar” (182). Pero es que, para entonces, en el pago del servicio de la deuda se habían agotado todos los recursos, el país había perdido el monopolio de la quina y el tabaco, del caucho y el cacao, la concesión del ferrocarril, la navegación fluvial... y salvo la estéril e incontable fortuna personal del avaro solitario amarrado a su tesoro oculto, no había nada, y el país no valía nada... excepto por el mar... estimado por el norteamericano tan “suculento que habría bastado con meterle candela por debajo para cocinar en su propio cráter la gran sopa de mariscos del universo” (196).

Así era como lo percibían los norteamericanos, “qué gringos tan bárbaros, cómo es posible que sólo piensen en el mar para comérselo” (196), decía el patriarca en su interminable monólogo con la madre muerta. Porque, en efecto, ellos no tenían entre sus cuentas ni las tres carabelas, en cuya presencia el patriarca cifraba sus esperanzas de apresar a Colón, ni los cadáveres de los niños, sino esa famosa deuda atrasada de siempre de la que el embajador demandante le decía que “no han de redimir ni cien generaciones de próceres tan diligentes como su excelencia” (196).

Atrapados, de un lado, por la deuda de la subjetivación del trauma originario de nuestra historia y, de otro, por la mayor deuda de la que una comunidad pueda ser responsable, la del asesinato de sus niños sin tumba, eternos deudores insolventes de una letra que venga a pacificar el horror de lo real, tal parece que es este el verdadero “tamaño de nuestra realidad”. A falta de inscripción en lo simbólico de éstas, nuestras verdaderas deudas, la vida se nos va tratando de pagar una deuda que no es, cediendo el objeto al Otro voraz del capitalismo global. Porque se llevaron el mar. Despojados del litoral, ya no sabemos de nuestras fronteras, y nuestra ausencia de límites es la exacta medida de una nación desbordada que no deja de asombrarnos por el desencadenamiento de las formas más extremas de goce.

Y se llevaron el mar, en pago del servicio de la deuda, a fuerza de la amenaza de un segundo desembarco y en razón de la súplica de los ministros que clamaban por la presencia de los infantes con “sus máquinas de fumigar. Se lo llevaron en piezas numeradas los ingenieros náuticos del embajador... para sembrarlo lejos de los huracanes en las auroras de sangre de Arizona, se lo llevaron con todo lo que tenía dentro... con el reflejo de nuestras ciudades, nuestros ahogados tímidos, nuestros dragones dementes” (200). Y nadie hizo nada... porque nadie olvidaba...



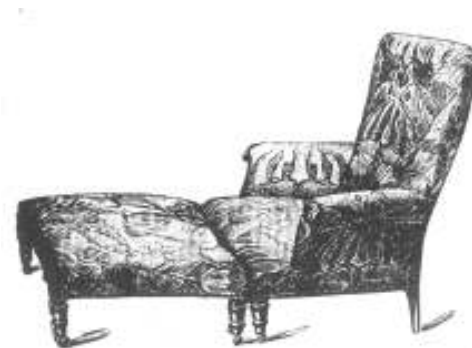
Y con el mar se “llevaron todo cuanto había sido la razón de [sus] guerras y el motivo de su poder y sólo dejaron la llanura desierta de áspero polvo lunar” (202). Porque, en verdad, el patriarca se había visto envuelto en el torrente de la guerra, arrastrado por la marea de “toda una nación que no encontraba dónde poner sus chécheres de cocina, sus animales, los restos de una vida sin esperanzas” (114), no por los ideales partidistas sino “por la curiosidad atávica de conocer el mar” (114), no obstante las advertencias de la madre sobre los peligros que acechan a los hombres del páramo en las ciudades del “mar tenebroso” (114)... o por eso mismo: la advertencia materna señala la ruta en la que él se empeña.

Al agujero en lo real provocado por la pérdida del mar nada vino a hacer borde; el patriarca se vio aspirado por él en una agonía melancólica, en una suerte de identificación narcisista con el objeto perdido, su cuerpo habitado por “parásitos de escollos de fondo de mar..., rémora de barco..., pólipos y crustáceos microscópicos..., convencido de que aquellos retoños de acantilados eran apenas los primeros síntomas del regreso espontáneo del mar..., el anuncio secreto de un amanecer feliz en que iba a abrir la ventana de su dormitorio y había de ver de nuevo las tres carabelas...” (209).

Pero el objeto causa del deseo está perdido desde siempre: antes que una pérdida se trata de una falta originaria, constitutiva, y sólo en lo imaginario y en tanto que se ha desplazado a un objeto que existe en la realidad, su falta se interpreta como pérdida. Quizás la lucidez del patriarca en su agonía consista en dar cuenta de cómo en el proceso de la pérdida siempre hay un resto que, ese sí, nos pertenece. Un resto de goce no simbolizado que insiste y amenaza con la espiral de la repetición. Pero su insistencia tiene otra faz: señala también el intento de restaurar una frontera que lo haga soportable. Y esa es la función de la letra.

Que no nos asombre, entonces, descubrir la dimensión de la letra y de lo escrito a lo largo de las páginas de *El otoño del patriarca*. No hablo de su autor, a quien debemos reconocer su función de escriba de los tropiezos de nuestra historia, sino de su protagonista. Porque el patriarca mismo echó mano de las letras que le fueron finalmente enseñadas, y cuando lo atacó el primer síntoma indudable de la decrepitud, la incontinencia fecal, se dedicó a arrancar los márgenes de los memoriales para escribir en ellos con letra florida los restos de sus últimos recuerdos, y escribió un nombre, creyendo que era el suyo, una cifra mítica de su edad, una prohibición de goce dirigida a sus soldados, los suspiros de un amor que olvidó el mismo día en que lo conoció y el honor a los muertos caídos en combate con las tropas extranjeras.

Y cuando ya no podía acordarse de nada comprobaba, sin embargo, que esa caligrafía era suya porque era la misma que encontraba por entonces en las paredes de

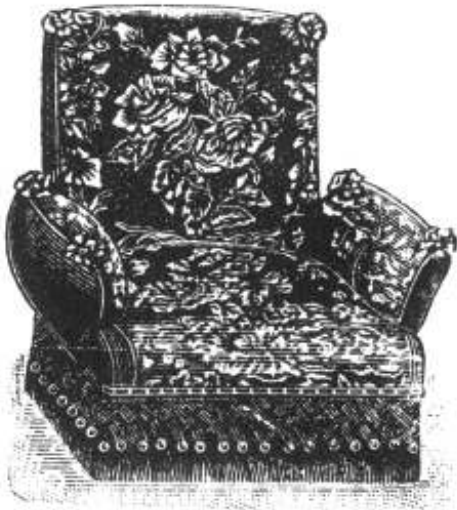


los excusados en donde también había escrito alguna vez letreros a su favor. Escribía restos de la memoria con letras que también eran restos de aquellos años, de la “plenitud de la vejez” (106), durante los cuales no casualmente su mujer le enseñó el alfabeto a voces de canto de estribillos y rimas infantiles mientras le limpiaba la suciedad del cuerpo en la que culminaba el don de su amor.

La furia del mar se aplacó una vez, la tormenta se detuvo como por milagro cuando a sus costas llegó el buquecito blanco que traía al poeta nicaraguense Rubén Darío –el padre del modernismo hispanoamericano– de quien, maravillado el patriarca decía: “cómo es posible que este indio pueda escribir una cosa tan bella con la misma mano con que se limpia el culo...” (58) Recitaba sus versos durante el extraño ritual de la hora de dormir, mientras encendía las bostas de vaca para espantar las moscas. Las mismas bostas encendidas bajo cuyo aroma evocó la noche de su muerte, el último resto de memoria falto de recuerdo hasta entonces: el de “una infancia remota que por primera vez era su propia imagen tiritando en el hielo del páramo y la imagen de su madre... que les arrebató a los buitres del muladar una tripa de carnero para el almuerzo” (216).

Pero el mar volvió a hacer de las suyas y el ingente esfuerzo del patriarca con las letras no surtió efecto. Escritas al margen, como en suspenso, convertidas ellas mismas en desecho, mal podríamos haber esperado que pudieran fundar el litoral; por el contrario, ellas evocan un goce absoluto y convocan la repetición: detenidas, es el goce lo único que les es posible articular. Al fin de cuentas, en su mixtura con la Cosa el apetito mortífero del mar lo devora, y cuando la muerte lo encuentra en un estado lamentable de menesteroso precedero, él descubre que “había tratado de compensar... con el culto abrasador del vicio solitario del poder” el destino infame en el enigma de la palma muda de sus manos: “su incapacidad de amor” (219).

La muerte lo llamó en la hora definitiva por un nombre anónimo, como conviene a aquel para quien no hubo Padre. Y nosotros no pudimos acompañarlo a la tumba. ¡Cómo, si no hay nombre para escribir en su lápida!



BIBLIOGRAFÍA

- CONCIELD Marta, "El patriarca de García Márquez: padre, poeta y tirano", en *Revista Iberoamericana*, Pittsburg, vol. 50, núm. 128/129, julio-diciembre, 1984.
- FIGUEROA Mario, "Carta al Coronel que no tiene quién le escriba", en *Desde el jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- GARCÍA MÁRQUEZ Gabriel, *El otoño del patriarca*, Bogotá, Oveja Negra, 1982.
- GERBER Daniel, "Del significante a la letra: un destino de escritura", en *Escritura y Psicoanálisis*, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- HORKHEIMER Max, *Autoridad y familia*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- LACAN Jacques, *El Seminario, Libro 3: Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1985.
- , *El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1990.
- , *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1992.
- , "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos 2*, México, Siglo XXI Editores, 1985.
- , "Lituratierra", en *Post data*, Revista de Psicoanálisis, Asociación Lacaniana de Analistas de Bogotá, núm. 12, 2001.
- LE GAUFÉY Guy, *La evicción del origen*, Buenos Aires, Edelp, 1995.
- MELMAN Charles, *El complejo de Colón y otros textos*, Bogotá, Cuarto de vuelta ediciones, 2002.
- POMMIER Gérard, *Los cuerpos angélicos de la postmodernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- PORGE Erik, *Los nombres del padre en Jacques Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.
- SANMIGUEL Pío, "Lazo social: ¿lazo perverso?", en *Revista Colombiana de Psicología*, núm. 7, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- SALAZAR José Diego, "Los tres tiempos de la letra", en *Desde el jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- TODOROV Svetan, *La conquista de América*, México, Siglo XXI Editores, 1987.
- ŽIŽEK Slavoj, *Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- , *¿Quién dijo totalitarismo?*, Valencia, Pre-textos, 2002.
- ZULUAGA Conrado, *Novelas de dictador. Dictadores de novela*. Bogotá, Carlos Valencia, 1977.

